

Capítulo 1

Durante las primeras semanas de 1974, cuando Jingqiu todavía estaba en el último curso de secundaria, ella y otros tres estudiantes fueron elegidos para participar en un proyecto cuyo objetivo era compilar un nuevo libro de texto escolar. Iban a viajar a los hogares de campesinos pobres y de clase baja de Aldea Occidental y entrevistarlos, convirtiendo sus relatos en un libro de historia que se utilizaría en la Escuela Secundaria n.º 8. Antes de la Revolución Cultural, los libros de texto estaban llenos de feudalismo, capitalismo y revisionismo, y, como proclamó gloriosamente el presidente Mao, dejaban constancia de «cómo habían gobernado a través de las épocas estudiosos de genio y hermosas damas, emperadores, generales y ministros». Ahora la educación «necesitaba una reforma».

Los estudiantes escogidos habían obtenido notas por encima de la media en redacción. Su nombre colectivo fue el de «Asociación para la Reforma Educativa de la Escuela Secundaria n.º 8». Al frente del grupo había un miembro del Equipo de Propaganda del Pensamiento de Mao de los Trabajadores locales, el señor Zhang.

Los cuatro estudiantes avanzaban a duras penas por el sendero que atravesaba la montaña detrás del señor Zhang y sus tres profesores. No era una montaña muy alta, pero debido a las mochilas que llevaban a la espalda y a las bolsas de cuerda que transportaban en la mano comenzaron a sudar y no pasó mucho tiempo antes de que el señor Zhang comenzara a notar el peso de su equipaje. Dos de las tres chicas, a pesar de haberse librado de las mochilas, seguían resollando y resoplando mientras subían la montaña.

Jingqiu era fuerte, y, aunque también estaba exhausta por el peso, insistía en llevar su propia mochila. La capacidad de soportar el trabajo duro era el criterio por el que medía a los demás, y para estar a la altura de su exigencia no temía las penurias y procuraba no quedarse nunca atrás.

Al observar que cada aliento de las muchachas parecía el último, el señor Zhang no paraba de animarlas.

—No está lejos, solo un poquito más, en cuanto lleguemos al espino podemos descansar.

El legendario espino le recordaba a Jingqiu el ciruelo de aquel viejo cuento en el que el general Cao Cao hacía vacías promesas a sus soldados de que obtendrían un re-

frescante zumo de fruta a fin de espolearlos. También se acordó de una canción soviética que había aprendido unos años antes gracias a Anli, una profesora de ruso que estaba de prácticas, que llegó a la Escuela Secundaria n.º 8 procedente de la escuela de profesorado provincial. Anli, de veintiséis años, fue adscrita a la clase de Jingqiu. Era una mujer alta y esbelta, con una piel de un blanco perlado, facciones agradables y una nariz recta y prominente. Pero lo mejor eran sus ojos. Eran grandes y coronados por unas cejas extraordinarias. No eran solo dobles, sino que tenían quizá dos o tres pliegues. De hecho, de haber tenido los ojos más profundamente engastados, la habrían tomado por una extranjera. Los alumnos, con sus párpados sencillos, estaban muy celosos.

El padre de Anli era una especie de jefe en la segunda división de artillería, pero, tras haber caído en desgracia junto con el segundo al mando de Mao, Lin Bao, fue degradado, y Anli sufrió. Posteriormente, su padre volvió a obtener el favor del presidente Mao y pudo sacar a Anli del campo y matricularla en la escuela provincial de magisterio. Resultaba un misterio por qué se decidió a estudiar ruso, pues en aquella época hacía tiempo que esa asignatura había dejado de ser popular. Justo después de la Liberación, a principios de los años cincuenta, al parecer había estado de moda, pero las relaciones chino-rusas se habían agriado, y la Unión Soviética fue calificada de revisionista debido a sus intentos de «reformar» la teoría marxista-leninista. Entonces esos mismos profesores volvieron a la enseñanza del inglés.

Anli le tomó simpatía a Jingqiu, y cada vez que tenía tiempo le enseñaba canciones rusas, como por ejemplo la de «El árbol del espino». Naturalmente, había que hacerlo en secreto. Todo lo relacionado con la Unión Soviética no solo se había vuelto peligroso, sino que cualquier cosa que estuviera contaminada con la idea del «amor» se juzgaba como una mala influencia y el pútrido residuo de la clase capitalista. «El árbol del espino» se consideraba una canción «obscena», «asquerosa y decadente», y de un «estilo indecoroso» porque la letra hablaba de dos jóvenes que estaban enamorados de la misma joven soltera. A ella le gustaban los dos, y no sabía a cuál escoger. Para decidirse le pedía consejo al árbol del espino. En los últimos versos cantaba:

¡Oh, dulce espino, brotes blancos en tus ramas!
 ¡Ah, querido espino! ¿Por qué estás tan atribulado?
 ¿Cuál es el más valiente? ¿Cuál es el más hermoso?
 Oh, te lo suplico, espino, dime cuál es.

Anli poseía una hermosa voz y había aprendido lo que ella denominaba el «hermoso estilo italiano», que le iba muy bien a esta canción. Los fines de semana iba a casa de Jingqiu, y esta la acompañaba al acordeón mientras ella cantaba.

Cuando el señor Zhang mencionó el espino, Jingqiu se quedó sorprendida, pero enseguida comprendió que se refería a un árbol auténtico, no a la canción, y que ese árbol era la meta para los siete caminantes que ascendían la montaña.

La mochila de Jingqiu le pesaba y le llenaba la espalda de sudor, y las asas de su bolsa de cuerda se le clavaban en las palmas de las manos. A fin de aliviar la presión se la iba pasando de la derecha a la izquierda, y de la izquierda a la derecha. Justo cuando pensaba que ya no podía seguir más, el señor Zhang anunció:

—Hemos llegado, descansen un rato.

Todo el grupo exhaló un suspiro colectivo —pareció el sonido de unos hombres a los que les acaban de leer una orden de amnistía— y se derrumbaron sobre el suelo.

Cuando hubieron recuperado las fuerzas, uno de ellos preguntó:

—¿Dónde está el espino?

—Allí —dijo Zhang, y señaló un árbol no muy distante.

Jingqiu vio un árbol que no tenía nada de extraordinario, de seis o siete metros de alto. El aire todavía era frío, por lo que no solamente no habían aparecido todavía las flores blancas, sino que en las ramas no había ni una hoja verde. Jingqiu se sintió decepcionada; la canción le había dibujado una imagen mucho más poética y seductora. Mientras escuchaba la canción de «El espino» se imaginaba una escena en la que dos jóvenes apuestos se encontraban debajo del árbol esperando a su amada. Una joven, ataviada a la manera de las mujeres rusas, caminaba hacia ellos en un crepúsculo teñido por el arco iris. ¿A cuál elegiría?

Jingqiu le preguntó al señor Zhang:

—¿Ese árbol tiene flores blancas?

Esa cuestión pareció despertar algo en el interior del viejo Zhang.

—¡Ah, ese árbol! Originariamente las flores eran blancas, pero durante la guerra contra Japón innumerables jóvenes valientes fueron ejecutados debajo de él, y su sangre regó la tierra en sus raíces. Desde aquella época las flores de este árbol comenzaron a cambiar, y ahora son todas rojas.

El grupo permaneció sentado y en silencio hasta que el señor Lee —uno de los maestros de la ciudad— les dijo a los estudiantes:

—¿No lo anotáis?

Comprendiendo con un sobresalto que su trabajo había comenzado, los cuatro sacaron sus cuadernos apresuradamente. Escuchar el sonido de cuatro o cinco plumas escribiendo parecía ser algo cotidiano para el señor Zhang, que continuó hablando. Una vez les hubo contado la historia del árbol que había sido testigo de los hechos gloriosos de la gente de Aldea Occidental, llegó el momento de reemprender la marcha.

Al cabo de un rato, Jingqiu volvió la vista hacia el espino, ahora ya borroso, y creyó ver a una persona de pie bajo sus ramas. No era ningún soldado del relato del señor Zhang, atado por los demonios japoneses, sino un apuesto joven... Se reprendió a sí misma por sus mezquinos pensamientos capitalistas. Quería concentrarse en aprender de los pobres campesinos y trabajar duro en ese libro de texto. La historia del espino definitivamente quedaría incluida en él, pero ¿bajo qué título? ¿Qué tal «El espino manchado de sangre»? Tal vez demasiado sanguinario. «El

espino de las flores rojas» quizá fuera mejor. O simplemente, «El espino rojo».

La mochila y la bolsa de red de Jingqiu se hicieron más pesadas tras el descanso, no más ligeras. Se dijo que quizá era como un contraste de sabores: un poco de dulce antes de un bocado amargo hace que este sea mucho más amargo. Pero ninguno se atrevía a quejarse. Tener miedo del esfuerzo y agotamiento era para los capitalistas, y Jingqiu temía que la calificaran de capitalista. Su clase social estaba mal considerada, así que no debía ir por ahí explotando a los campesinos, obligándolos a llevar sus bolsas, pues esto significaría elevarse aún más por encima de las masas. El partido tenía una política: «No puedes elegir tu origen social, pero puedes elegir tu propio camino». Sabía que la gente como ella tenía que andarse con más cuidado que los que tenían un origen social bueno.

Pero el esfuerzo y el agotamiento no desaparecían solo porque no hablaras de ellos. Jingqiu deseaba que cada uno de sus nervios doloridos se marchitara y muriera, así no sentiría el peso a la espalda ni el dolor en las manos. Intentó lo que siempre hacía para rechazar el dolor: dar rienda suelta a sus pensamientos. Al cabo de un rato casi sentía que su cuerpo estaba en otra parte, como si su alma hubiera volado y llevara una vida completamente distinta.

No sabía por qué seguía pensando en el espino. Las imágenes del relato del señor Zhang y los soldados atados se alternaban con las de los apuestos jóvenes rusos vestidos con camisa blanca de la canción. En su imaginación se con-

vertía en una heroína antijaponesa, castigada por sus enemigos, y luego era la joven muchacha rusa, atormentada por la indecisión. Jingqiu no sabía decir honestamente si era más comunista o revisionista.

Al cabo de un tiempo llegaron al final del camino de la montaña, y el señor Zhang se detuvo y señaló la ladera:

—Eso es Aldea Occidental.

Los estudiantes corrieron al borde del acantilado para admirar Aldea Occidental, que se extendía delante de ellos. Vieron un riachuelo verde jade que serpenteaba desde el pie de la montaña y rodeaba la aldea. Bañada por la primera luz de la primavera y rodeada por resplandecientes montañas y un agua cristalina, Aldea Occidental era hermosa, más bonita que las demás aldeas en las que Jingqiu había trabajado antes. Aquella vista panorámica mostraba campos que se extendían como una colcha a través de la ladera de la montaña, en retazos de verde y ocre en los que se esparcían pequeñas casas. Unos cuantos edificios se concentraban en el medio, siguiendo una presa, y el señor Zhang dijo que era la base del ejército. Según el sistema, en el condado de Yichang cada aldea poseía un nutrido destacamento del ejército, y el jefe de la aldea era en realidad el secretario del partido de la unidad del ejército, de manera que los aldeanos lo llamaban «jefe de la aldea Zhang».

El grupo bajó la montaña y llegó en primer lugar a la casa del señor Zhang, que se ubicaba al borde del río. Su mujer estaba en casa, les dio la bienvenida y les dijo que la llamaran Tía. Dijo que el resto de la familia se hallaba en el campo o en la escuela.

Una vez todos hubieron descansado, el señor Zhang comenzó a repartirlos en distintas casas. Dos maestros, el señor Lee y el señor Chen, y el alumno Buena Salud Lee vivirían juntos con una familia. El otro, el señor Luo, no pasaría con ellos mucho tiempo, pues solo les orientaría sobre lo que tenían que escribir —al cabo de un día o dos tendría que regresar a la escuela—, de manera que le harían sitio en cualquier parte. Una familia había aceptado ceder una de sus habitaciones a las chicas, pero solo tenían espacio para dos.

—La que no quepa allí puede vivir conmigo —dijo el señor Zhang, dispuesto a dar ejemplo—. Me temo que no dispongo de habitaciones libres, con lo que la chica tendrá que compartir cama con mi hija pequeña.

Las tres chicas se miraron la una a la otra, consternadas. Jingqiu respiró hondo y se ofreció voluntaria.

—¿Por qué no vivís las dos juntas? Yo me quedaré en casa del señor Zhang.

No había actividades planeadas para el resto del día, de modo que tuvieran tiempo para instalarse y descansar. El trabajo comenzaría oficialmente al día siguiente. Aparte de entrevistar a los aldeanos y compilar los relatos en el texto, sabían que tenían que trabajar en el campo con los granjeros más pobres y experimentar lo que era la vida campesina.

El señor Zhang condujo a los demás a sus nuevos hogares, dejando a Jingqiu con la tía Zhang. La tía acompañó a Jingqiu a la habitación de su hija para que pudiera deshacer el equipaje. La habitación era como los demás dormitorios rurales en los que había estado, oscura, con

una pequeña ventana en una pared. No tenía cristal, tan solo celofán pegado al marco.

Tía Zhang encendió la luz, que iluminó débilmente la habitación, de unos quince metros cuadrados, limpia y ordenada. La cama era más grande que una sencilla pero más pequeña que una doble. Las dos estarían apretadas, pero cómodas. Las sábanas estaban recién lavadas y almidonadas, y su tacto era más de cartón que de tela; estaban alisadas y remetidas en los bordes, y encima había una colcha doblada en un triángulo, mostrando el forro blanco en dos esquinas. Jingqiu se preguntó cómo estaba doblada y pensó que le sería imposible abrirla. Un poco aturullada, se dijo que utilizaría su propia manta para no tener que hacer el esfuerzo de volver a doblar la colcha a la mañana siguiente. Los estudiantes enviados al campo para vivir con campesinos de clase media y baja sabían que tenían que seguir el ejemplo del protocolo utilizado por el 8.º Ejército de Ruta durante la guerra civil: utilizar solo lo que usaban los campesinos y devolverlo todo intacto.

Sobre la mesa que había junto a la ventana se veía un gran espejo cuadrado que servía para colocar fotos, algo que Jingqiu sabía que se consideraba decadente. Las fotos estaban sobre una tela verde oscuro. Curiosa, Jingqiu recorrió la habitación para echar un vistazo. La tía le señaló las fotos de una en una y le explicó quiénes eran todos. Sen, el hijo mayor, era un joven altísimo que no se parecía en nada a sus padres. A lo mejor era la excepción, se dijo. Trabajaba en la oficina de correos de Río Yanjia y solo iba a casa una vez por semana. Su esposa se llamaba Yumin y daba clases en la

escuela primaria de la aldea. Poseía unos rasgos delicados y refinados, y era alta y delgada: una buena pareja para Sen.

Fen era la hija mayor. Era guapa, y la tía le dijo a Jingqiu que después de graduarse en la escuela secundaria Fen se fue a trabajar a la aldea. La hija segunda se llamaba Fang. No se parecía en nada a su hermana, tenía la boca prominente y los ojos más pequeños. Fang estudiaba en la Escuela Secundaria de Río Yanjia y solo volvía a casa dos veces por semana.

Mientras hablaban del hijo segundo del señor Zhang, Lin, este apareció por la puerta. Había ido a recoger algo de agua para comenzar a preparar la comida para los invitados de la ciudad. Jingqiu dijo que no se parecía a Sen, su hermano mayor, sino al señor Zhang. Estaba sorprendida. ¿Cómo era posible que dos hermanos y dos hermanas fueran tan distintos? Era como si al hacer al hijo y la hija primogénitos, los padres hubieran utilizado los mejores ingredientes, y para cuando llegaron a los otros dos se hubieran servido de lo primero que hubieran tenido a mano.

Jingqiu, sintiéndose incómoda, dijo:

—Te ayudaré a traer agua.

—¿Vas a poder? —dijo Lin sin inmutarse.

—Claro que podré. Voy a menudo al campo a trabajar la tierra.

—¿Quieres ayudarlo? —dijo tía Zhang—. Cortaré algunas verduras y puedes lavarlas en el río. —Recogió una cesta de bambú y salió de la habitación.

Cuando Lin se quedó a solas con Jingqiu, se dio la vuelta y se dirigió rápidamente a la parte de atrás de la ca-

sa para traer los cubos de agua. La tía regresó con dos manojos de verduras y se los entregó a Jingqiu.

De vuelta con los cubos de agua, la mirada gacha para evitar sus ojos, Lin dijo:

—Vámonos.

Jingqiu recogió el cesto y lo siguió, recorriendo el estrecho sendero que llevaba al río. A mitad de camino se toparon con unos jóvenes del pueblo que se metieron con Lin.

—Tu papi te ha buscado novia. Hay que ver.

—Ooooooh, y es de la ciudad.

—¡Qué bien te van las cosas!

Lin dejó los cubos en el suelo y persiguió a los chavales.

—¡No los escuches! —le gritó Jingqiu.

Lin regresó, cogió los cubos y bajó a toda prisa por el camino. Jingqiu se sentía confusa. ¿A qué se referían aquellos chavales? ¿Por qué habían hecho una broma así?

En el río, Lin decidió que el agua estaba demasiado fría para Jingqiu, dijo que se le congelarían las manos. Jingqiu fue incapaz de convencerlo de lo contrario y se quedó allí observando desde la orilla. Cuando Lin hubo acabado de limpiar las verduras, llenó los dos cubos.

Jingqiu insistió en que ella lo llevaría.

—No me has dejado lavar las verduras, al menos déjame acarrear el agua.

Pero Lin no se lo permitió, recogió los cubos y se fue escopeteado hacia casa. Y no mucho después de haber vuelto, Lin se marchó rápidamente.

Jingqiu intentó ayudar a cocinar a la tía, pero tampoco se lo permitieron. El sobrino pequeño de Lin, Huan

Huan, que había estado durmiendo en la casa de al lado, se había despertado, y la tía le dijo:

—Lleva a tu tía Jingqiu a buscar a tu tío Mayor Tercero para cenar.

Jingqiu no sabía que había otro hijo en la familia. Le preguntó a Huan Huan:

—¿Sabes dónde está tu tío Mayor Tercero?

—Sí, está en el campamento geobiológico.

—¿El campamento geobiológico?

—Se refiere al campamento de la unidad geológica —le explicó la tía sonriendo—. El chico no se explica con mucha claridad.

Huan Huan le cogió la mano a Jingqiu.

—Vamos, vamos, Mayor Tercero tiene caramelos...

Jingqiu siguió a Huan Huan y se encontró con que al cabo de un rato este se negaba a caminar. Abrió los brazos y dijo:

—Me duelen los pies. No puedo moverme.

Jingqiu se echó a reír y lo levantó. Quizá parecía pequeño, pero pesaba. Jingqiu se había pasado gran parte del día caminando y acarreando bolsas, pero como Huan Huan no caminaba, no tuvo más elección que llevarlo en brazos un rato, dejarlo en el suelo para descansar, volver a cogerlo y seguir llevándolo, mientras él preguntaba una y otra vez:

—¿Falta mucho? ¿Has olvidado el camino?

Habían recorrido un largo trecho y Jingqiu estaba a punto de tomarse otro descanso cuando a lo lejos oyó el sonido de un acordeón. ¡Su instrumento! Se detuvo a escuchar.

Sin duda era un acordeón que interpretaba «La canción del soldado de caballería», una melodía que Jingqiu había interpretado antes, aunque solo supiera tocar la parte de la mano derecha. Sin embargo, aquel músico tocaba las dos partes muy bien. Cuando llegaba a los fragmentos más entusiastas, sonaba como si hubiera diez mil caballos al galope, aullara el viento y se agitaran las nubes. La música procedía de una construcción que parecía el cobertizo de un trabajador. Contrariamente al resto de las casas de la aldea, que eran todas independientes, este edificio estaba formado por una larga franja de chozas unidas. Tenía que ser el campamento.

De manera heroica, en aquel momento Huan Huan recobró nuevas fuerzas. Ya no le dolían las piernas, y quiso desembarazarse de Jingqiu y echar a correr.

Sujetándole la mano con fuerza, Jingqiu se vería arrastrada hasta donde la música se oía con toda claridad. Y ahora le llegaba una nueva canción: «El espinoso», y además con un coro de voces masculinas. ¡No esperaba que en aquel confín del mundo la gente conociera «El espinoso»! Los hombres la cantaban con tanta naturalidad que se preguntó si los aldeanos ignoraban que era una canción soviética. La cantaban en chino, y ella podía darse cuenta de que a veces se distraían, como si también se ocuparan de alguna labor manual. Pero esa distracción intermitente, el pararse y volver a empezar, el suave canturreo era lo que hacía que la canción resultara especialmente hermosa.

Jingqiu estaba magnetizada; le parecía haber sido transportada a un cuento de hadas. El crepúsculo los en-

volvía, de la cocina brotaba una columna de humo que subía hasta el cielo, y los olores de los guisos flotaban en el aire. Sus oídos captaban tan solo los sonidos del acordeón y el suave murmullo de las voces de los hombres. Aquella desconocida aldea de montaña de repente le era familiar; había que paladear su sabor, se dijo, mientras se esforzaba por expresarlo en palabras. Sus sentidos estaban empapados de lo que solo se podía describir como vulgar ambiente capitalista.

Huan Huan se escapó de la mano de Jingqiu y entró corriendo en el edificio. Jingqiu supuso que el acordeonista debía de ser el tío de Huan Huan, Mayor Tercero, el tercer hijo del señor Zhang. Sentía curiosidad. ¿Se parecería más ese tercer hijo al mayor, Sen, o al segundo, Lin? Tenía la secreta esperanza de que se pareciera más a Sen. Una música tan deliciosa era imposible que brotara de las manos de un hombre como Lin. Sabía que estaba siendo injusta con él, y sin embargo...

Capítulo 2

A pareció un joven que llevaba en brazos a Huan Huan. Vestía una chaqueta de algodón azul oscuro que le llegaba hasta las rodillas, que debía de ser el uniforme de la unidad geológica. El cuerpecito de Huan Huan le ocultaba casi toda la cara, y hasta que no estuvo casi delante de él y no hubo dejado al niño en el suelo no pudo verle las facciones en detalle.

Su mirada racional le dijo que no eran los rasgos de un trabajador típico. Su cara no era de un rojo negruzco, sino blanca; su figura no era robusta «como una torre de acero», sino esbelta. Y tenía las cejas pobladas, pero no como en los carteles de propaganda, en los que estas se veían inclinadas, sino hacia arriba, como dos dagas fuera de su funda.

Jingqiu se acordó de una película rodada la víspera de la Revolución Cultural y titulada *La joven generación*. En ella había un personaje que tenía «una manera de pensar atrasada», como se decía en la época. Mayor Tercero no se parecía en nada a un revolucionario ni a un soldado valeroso —parecía más bien un vulgar capitalista—, y Jingqiu se dio cuenta de que admiraba lo que había en él de no revolucionario.

Notaba cómo se le aceleraba el corazón y se iba poniendo nerviosa, y de repente se sintió avergonzada de su aspecto y sus ropas. Llevaba una vieja camisa de algodón acolchada que había sido de su hermano y que parecía un traje estilo Mao, aunque la chaqueta solo tenía un bolsillo. Era de cuello alzado y corto, y el cuello de Jingqiu era especialmente largo. Estaba convencida de que parecía una jirafa. Como su padre había sido enviado a un campo de trabajo cuando ella era joven, Jingqiu y sus dos hermanos habían tenido que sobrevivir con la paga de su madre. Siempre iban cortos de dinero, de manera que Jingqiu llevaba las ropas de su hermano mayor.

No recordaba haber sido nunca tan consciente de la ropa que vestía; para ella era una novedad preocuparse por causar una mala impresión. No se había sentido tan insegura en mucho tiempo. Cuando estaba en la escuela primaria y la secundaria, los demás alumnos se metían con ella, pero en cuanto llegó al último curso ninguno de ellos se atrevió a mirarla a los ojos. Los muchachos de su clase parecían tenerle miedo y se ruborizaban cuando les hablaba, por lo que jamás se paraba a pensar si les gustaba su

aspecto o su manera de vestir. Eran unos idiotas, nada más que una pandilla de monstruitos.

Pero el hombre que tenía delante la ponía tan nerviosa que le dolía el corazón. Iba bien vestido. Llevaba una camisa blanca resplandeciente cuyas mangas asomaban por debajo de su sobretodo azul sin abotonar. La camisa, tan blanca, tan pulcra y planchada, debía de ser de poliéster, algo que sin duda Jingqiu no podía permitirse. Llevaba un jersey gris arroz que parecía de confección casera, y Jingqiu, a la que se le daba bien el punto, se dio cuenta de que el patrón era complicado. Calzaba unos zapatos de cuero. Ella bajó la mirada a sus descoloridos «zapatos de la Liberación» y se dijo: «Es rico, yo soy pobre, es como si procediéramos de mundos distintos».

También ponía una leve sonrisa mientras le preguntaba a Huan Huan:

—¿Es esta la tía Jingqiu? — Y dirigiéndose a ella, añadió—: ¿Has llegado hoy?

Hablaba en mandarín, no el dialecto del condado ni tampoco el dialecto urbano de Jingqiu, y esta se preguntó con quién hablaría mandarín en aquella aldea. El mandarín de Jingqiu era excelente, y a resultas de ello se encargaba de los programas de radio de su escuela, y a menudo la escogían para que leyera en voz alta en reuniones y acontecimientos deportivos. Pero le daba vergüenza hablarlo, pues, aparte de cuando conversaba con gente de fuera del condado, no se utilizaba en la vida cotidiana. Jingqiu no entendía por qué aquel hombre se dirigía a ella en mandarín, y como respuesta apenas emitió un breve «mmm».

—¿Mi camarada escritora ha llegado por Yiling o por Río Yanjia? —le preguntó él en un mandarín melódico.

—No soy escritora —replicó Jingqiu, azorada—. No me llames así. He venido por Yiling.

—Entonces debes de estar agotada, pues habrás tenido que venir andando desde la ciudad. Por ese camino no pasa ni un tractor. —Mientras hablaba tendió las manos hacia ella—. Coge un caramelo.

Jingqiu vio que tenía en la mano dos caramelos envueltos en papel. No eran como los que podía comprar en el mercado de su barrio. Tímidamente negó con la cabeza.

—No, gracias. Dáselos al pequeño.

—¿Y tú? ¿No eres también pequeña? —Sin duda la miraba como si fuera una niña.

—¿Yo? ¿Es que no has oído que Huan Huan me llamaba tía?

El hombre se echó a reír. A Jingqiu su risa le gustó mucho. Hay personas que solo mueven los músculos faciales cuando ríen, y su boca parece feliz al tiempo que sus ojos no lo están, y al final ponen una expresión fría y distante. Pero mientras él reía, en ambos lados de la nariz se formaron unas pequeñas arrugas, y sus ojos bizquearon levemente. Era una risa que le brotaba de lo más hondo, en absoluto burlona. Era una risa sincera.

—No hay que ser una niña para comer caramelos —dijo, tendiéndole de nuevo la mano—. Toma, no hay que tener vergüenza.

Jingqiu no tenía más elección que aceptar el caramelo, aunque antes dijo:

—Lo cogeré para Huan Huan.

Huan Huan se le acercó corriendo, implorándole que lo llevara en brazos. Jingqiu no sabía qué había hecho para ganarse su afecto tan fácilmente, y se sintió un poco sorprendida. Lo levantó y le dijo a Mayor Tercero:

—Tía Zhang quiere que vengas a cenar, será mejor que nos marchemos.

—Deja que te lleve tu tío —dijo Mayor Tercero—. Tu tía se ha pasado el día caminando y debe de estar muy cansada.

Cogió a Huan Huan de los brazos de Jingqiu y le hizo seña de que fuera delante. Ella se negó, pues temía que él la observara por la espalda y considerara su manera de andar poco atractiva, o se diera cuenta de que sus ropas no eran de su talla. Así que dijo:

—Ve tú primero. Yo... yo no sé el camino.

Él no insistió, y con Huan Huan en brazos pasó delante y permitió que Jingqiu lo siguiera. Ella lo observó y se dijo que caminaba como un soldado bien entrenado, marchando con las piernas rectas como palos. No se parecía a ninguno de sus hermanos y era como si hubiera nacido en una familia completamente distinta.

—¿Eras tú el que tocaba el acordeón hace un momento? —le preguntó Jingqiu.

—Mmm, ¿me has oído? Te habrás dado cuenta de todos mis errores.

Jingqiu no le veía la cara, pero adivinaba que estaba sonriendo. Tartamudeó:

—Yo... No, ¿qué errores? De todos modos, yo tampoco toco en serio.

—Tanta modestia solo puede significar una cosa: que eres una experta a pesar de tu edad. —Se detuvo y dio media vuelta—. Pero los niños no deben mentir... Así que sabes tocar. ¿Has traído alguno? —Como Jingqiu negó con la cabeza, él dijo—: Entonces vamos a buscar el mío, puedes tocar algunas cancioncillas para mí.

Sobresaltada, Jingqiu movió las manos violentamente.

—No, no. No se me da bien. Tú tocas... estupendamente. Yo no quiero tocar.

—Muy bien, entonces otro día —dijo, y echó a andar otra vez.

Jingqiu preguntó:

—¿Cómo es que la gente de por aquí conoce la canción de «El espino»?

—Es una canción famosa. Fue popular hace cinco o diez años, mucha gente la sabe. ¿Conoces la letra?

Los pensamientos de Jingqiu habían pasado de la canción al espino que habían visto en lo alto de la montaña.

—La canción dice que los espinos tienen flores blancas, pero hoy el señor Zhang ha explicado que el espino de la montaña tiene flores rojas.

—Sí, hay espinos que tienen flores rojas.

—Pero en ese árbol en concreto, ¿no es porque la sangre de aquellos valientes soldados regó las raíces del árbol y convirtió las flores en rojas? —Se sintió un poco estúpida. Pensó que él debía de estar riéndose, así que le preguntó—: Te ha parecido una pregunta idiota, ¿verdad?

Solo quería tenerlo claro, pues estoy escribiendo un libro de texto y no quiero incluir ninguna mentira.

—No tienes por qué mentir. Debes escribir todo lo que la gente te cuente. Si es verdad o no, bueno, no es tu problema.

—¿Crees que las flores son rojas por la sangre de los soldados?

—No lo creo, no. Desde un punto de vista científico, sería imposible, deben de haber sido siempre rojas. Pero eso es lo que cuenta la gente de por aquí, y naturalmente la historia es bonita.

—¿Así que crees que todo el mundo por aquí cuenta mentiras?

Él se rio.

—No es que cuenten mentiras, solo son un poco poéticos. El mundo existe objetivamente, pero cada uno lo experimenta de manera distinta, y si observas el mundo a través de la mirada de un poeta, lo ves de una manera distinta.

Jingqiu se dijo que aquel hombre podía llegar a ser bastante «literario», o como decía el rey de los errores ortográficos de su clase, «frititario».

—¿Alguna vez has visto un espino en flor?

—Ajá. Siempre florece en mayo.

—Vaya, me voy a finales de abril, así que no lo veré.

—Siempre puedes volver de visita. Cuando este año florezca, te lo haré saber y puedes venir a verlo.

—¿Cómo me lo harás saber?

Él volvió a reír.

— Siempre hay una manera.

No era más que una promesa hueca. Había pocos teléfonos. La Escuela Secundaria n.º 8 solo tenía uno, y si querías hacer una llamada a larga distancia tenías que ir hasta la oficina de comunicaciones que estaba en la otra punta de la ciudad. Un lugar llamado Aldea Occidental probablemente no tenía ni uno.

Él parecía estar dándole vueltas al mismo problema.

— En la aldea no hay teléfono, aunque siempre puedo escribirte una carta.

Si él le escribiera una carta, sin duda su madre la cogería primero, y desde luego le daría un susto de muerte. Desde que era pequeña su madre le había dicho que un solo desliz abre todo un camino de penalidades. Aun cuando su madre nunca había llegado a explicarle qué significaba «desliz», Jingqiu intuía que el simple hecho de tener contacto con un muchacho era suficiente.

— No me escribas ninguna carta — dijo —. ¿Qué pensaría mi madre si la viera?

Él se dio la vuelta.

— No te preocupes, si no quieres que te escriba, no te escribiré. Los espinos no florecen solo una noche. El árbol está en flor durante un tiempo. Solo tienes que escoger un domingo de mayo, venir y echar un vistazo.

En cuanto llegaron a la casa de Zhang, Mayor Tercero dejó a Huan Huan en el suelo y entró con Jingqiu. Toda la familia había vuelto. Fen fue la primera en presentarse, y luego presentó a todos los demás: este es mi hermano pequeño, esta es mi cuñada. Jingqiu fue repitiendo: her-

mano, cuñada, y todo el mundo sonrió, felices de tenerla con ellos.

Fen señaló a Mayor Tercero y dijo:

—Este es mi hermano tercero, dile hola.

Jingqiu obedeció y le saludó, «hermano tercero», y todos se rieron.

Jingqiu no entendió cuál era la gracia y se sonrojó.

Mayor Tercero le explicó:

—En realidad no soy de la familia. Me alojé con ellos igual que ahora tú, pero les gusta llamarme así. Aunque no hace falta que tú me llames así. Mi nombre es Sun Jianxin. Puedes llamarme por mi verdadero nombre o por el que utilizan todos los demás, Mayor Tercero.